

instituyó el Sacramento. Muchos creen que el lavatorio de los piés era la figura del sacramento de la penitencia, y esto era lo que san Pedro no comprendia entonces. Respondiendo el Hijo de Dios á lo que el Apóstol le habia dicho, esto es, que estaba pronto á dejarse lavar las manos y la cabeza: El que sale del baño, le dijo, no tiene necesidad de lavarse mas que los piés, para limpiar el polvo que haya podido tomar caminando; por esto vosotros estais limpios, aunque no todos: indicando por esta expresion que todos los apóstoles, á excepcion de Judas, estaban libres de todo pecado grave, y que solo tenian necesidad de ser purificados de sus imperfecciones y de algunos pecados lijeros. Es á la verdad un espectáculo muy tierno, y un acto de humildad que admira, el ver á Jesucristo á los piés de Judas; pero Judas insensible viendo á Jesucristo á sus piés, es un ejemplo que debe hacer temblar. Despues que el Salvador hubo lavado los piés, y vuelto á tomar su manto, se puso á la mesa, y les dijo: ¿Comprendeis bien lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si pues yo, siendo Señor y Maestro, os he lavado los piés, ¿os costará á vosotros trabajo el humillaros mutuamente, y ambicionaréis, como lo haceis, los primeros puestos? No haya, pues, ya entre vosotros disputas por el primer lugar; sirvaos de leccion eficaz el ejemplo que acabo de daros, y acordaos de lo que tantas veces os he dicho, que cualquiera que se humilla será exaltado.

La Iglesia para honrar hoy la institucion de la Eucaristia y la del sacerdocio, quiere que á ejemplo de Jesucristo, soberano pastor, comulguen todos los s

cerdotes en la misa, de mano de su prelado ó de su cura, y los superiores de mano de su superior. Esta comunión siempre es solemne. No se da paz en la misa de este dia, á causa de que en él fué en el que Judas entregó á Jesucristo por un beso sacrilego.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

¡Oh Dios, de quien Judas ha recibido el castigo de su pecado, y el ladron el premio de su confesion, haced que nosotros experimentemos el efecto de vuestra misericordia; para que así como nuestro Señor Jesucristo ha tratado en su pasion al uno y al otro segun su mérito, así tambien destruido lo que hay en nosotros del hombre viejo, nos dé parte en su resurreccion gloriosa, el que, siendo Dios, vive y reina, etc.

La epístola está tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los cristianos de Corinto, cap. 11.

Hermanos míos: Del modo que se verifican vuestras juntas, no es ya comer la cena del Señor. Porque cada uno se pone desde luego á comer lo que tiene para cenar, de tal manera que, mientras uno se muere de hambre, otro se entrega á la glotonería. ¿Acaso para hacer esto, no tenéis casas donde comer y beber, ó despreciáis la Iglesia de Dios, y pretendéis avergonzar en ella á los que nada tienen? ¿Qué queréis que os diga? ¿Que os alabe? No por cierto, en esto no os alabo. Porque yo he aprendido del Señor, lo que tambien os he enseñado, esto es, que el Señor Jesus en la misma noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió, y dijo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de cenar, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre; cuantas veces bebiéreis de él, hacedlo en memoria de mí. Porque cuantas veces comiéreis de este pan, y bebiéreis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que él venga; y así cualquiera que comiere de este pan, ó bebiere de este

cáliz indignamente, será reo del cuerpo y la sangre de Jesucristo. Examínese, pues, á fondo el hombre á sí mismo, y de-pues de hacerlo así, coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenacion, por no distinguir el cuerpo del Señor: por eso hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y mueren muchos. Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos, sin duda no seremos juzgados; pues al mismo tiempo que de este modo nos juzgamos, nos corrige el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.

NOTA.

En las juntas de los primeros cristianos despues de la lectura de los libros santos y de la oracion, se ofrecia el divino sacrificio, y todo el mundo comulgaba: en seguida se hacia en comun la comida de caridad que los Griegos llamaban *Agapes*. San Agustin ha creido que *Cena del Señor* significa, en este pasaje, la cena eucarística tomada en rigor.

REFLEXIONES.

Por esto hay muchos débiles y enfermos, y mueren muchos. No hay, en efecto, cosa mas admirable que el ver tantos enfermos espirituales; y aun muertos, entre los que tienen la dicha de comulgar á menudo. ¿Qué de gentes se alimentan del cuerpo y de la sangre adorable de Jesucristo! ¿Hubo jamás un alimento mas saludable, ni un remedio mas eficaz para todo género de males? ¿dónde están las curaciones? Aquí está el pan de los fuertes: ¿dónde están las almas generosas, terror de los enemigos de su salud, aquellas almas que cuentan el número de sus victorias por el de sus combates? ¿Dónde están las almas abrasadas en los ardores divinos que debe producir necesaria-

mente la vianda celestial con que se alimentan? ¿Qué paradoja tan extraña! Llévase el fuego en el seno, y no se sienten los ardores; y alimentándose con este fuego divino, aun se permanece todo hielo. Toca solamente con su mano Jesucristo á un enfermo, y le cura; la mujer que habia tocado la fimbria de su vestidura recobra inmediatamente la salud: no me sorprende; me sorprenderia mucho mas, si este solo contacto no hubiese obrado al punto el milagro. En efecto, ¿qué asombro, qué sorpresa no hubiera causado, si cuando el Hijo de Dios tocó solamente el féretro donde estaba el jóven muerto que llevaban á enterrar, no hubiese resucitado el muerto, y si la mujer que habia tocado la fimbria de su vestido no hubiese sido curada? ¿Y hay menos motivo para admirarnos al ver que la mayor parte de los que se acercan con frecuencia á nuestros sagrados misterios, que tantos sacerdotes que todos los dias tienen esta divina víctima en sus manos, y que se alimentan con ella, sean siempre los mismos, esto es, siempre imperfectos, siempre tan enfermos espiritualmente, siempre tan indevotos, tan groseramente imperfectos, puede ser tambien tan viciosos, y no pocas veces, aun mas indignos cada dia de acercarse al altar y á la sagrada mesa? No es la fimbria del vestido del Salvador lo que ahora tenemos la dicha de tocar, es el cuerpo y la sangre de Jesucristo lo que tenemos entre las manos, lo que se recibe, lo que se come; ¿y permanecemos tan lánguidos, tan enfermos, cada dia mas indevotos, mas irreligiosos, como si jamás le hubiésemos tocado? ¿Comprendemos esta paradoja? ¿qué pasion hemos vencido despues de tantas comuniones? ¿qué vicio hemos corregido? ¿qué virtud

hemos adquirido? Una sola comunión puede ser bastante para hacer un santo; nosotros podemos contar un número considerable de ellas, y somos tan coléricos, tan ambiciosos, tan avaros, tan murmuradores, tan indevotos, acaso mas perversos de lo que éramos antes que hubiésemos tenido la fortuna de recibir este divino alimento. Esta reflexion debe espantar á todo aquel que tenga religion; y por desgracia hay demasiado fundamento para hacerla. En efecto, ¿qué puede sernos saludable si el cuerpo y la sangre preciosa de Jesucristo no nos sirven ya de nada? ¿qué otro remedio podrá sernos eficaz, si este es inútil? ¡ Buen Dios! ¡ Qué pasmo para un sacerdote poco devoto, para una persona religiosa poco regular, cuando llegue un día en que, manifestándose esta terrible verdad á través de todas sus imperfecciones, se mostrare con todas sus consecuencias! No se piensa en una verdad tan espantosa; ¿y en qué se piensa pues? La inapetencia que tenemos de este divino alimento ¿indica mucha salud? y la languidez, la flaqueza y las enfermedades acompañadas de tantas recaídas, despues de tantas comuniones, ¿no nos presagian una muerte próxima? ¿y estamos tranquilos? ¿y no pensamos en ello? ¿quién nos asegura? valdria, pues, mas alejarse del altar y de la comunión, si ella debe sernos tan dañosa. ¡ Miserable raciocinio, error grosero! se trata de dejar, ó los vicios, los hábitos criminales, los defectos, las imperfecciones, ó el cuerpo y la sangre del mismo Jesucristo, y se concluye que vale mas alejarse de Jesucristo, que dejar los malos hábitos y la indevoción. Meditemos bien no solo la impiedad, sino tambien el ridículo de tan sacrilega preferencia.

*El evangelio de la misa es tomado del de san Juan,
en el capitulo 13.*

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesus que habia llegado su tiempo para pasar de este mundo al Padre, como habiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y despues de la cena, habiendo el demonio inspirado á Judas, hijo de Simon Iscariote, que le entregase; sabiendo que su Padre lo habia puesto todo en sus manos, que habia venido de Dios, y que volvía á Dios, se levantó de la mesa, dejó sus vestidos, y tomó un lienzo con que se ceñió. Despues puso agua en una palancana, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Llegó, pues, á Simon Pedro; pero Pedro le dijo: ¿ Tú, Señor, me lavas á mí los piés? Respondióle Jesus, y le dijo: Lo que yo hago no lo comprenderes tú ahora; pero lo comprenderás despues. No permitiré, Señor, jamás, le dijo Pedro, que me laveis los piés. Si no te lavo, le repuso Jesus, no tendrás parte conmigo. Entonces Simon Pedro le dijo: Señor, lavadme no solo los piés, sino tambien las manos y la cabeza. Díjole Jesus: El que sale del baño no tiene necesidad de lavarse mas que los piés, porque con esto queda enteramente limpio; así que vosotros estais limpios, aunque no todos. Sabia bien quién era el que debía entregarle, y por esto dijo: No todos estais limpios. Luego, pues, que les hubo lavado los piés, y volvió á tomar sus vestidos, se puso otra vez á la mesa, y les dijo: ¿ Comprendeis lo que he hecho con vosotros? (Cuando me habláis) me llamais Maestro y Señor, y decis bien, porque lo soy. Si pues yo, siendo Señor y Maestro, os he lavado los piés, tambien vosotros debeis lavaros los piés los unos á los otros. Porque os he dado ejemplo, á fin de que vosotros hagais lo mismo que yo he hecho con vosotros.

MEDITACION.

SOBRE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en todos los misterios aparece el amor inmenso que Dios nos ha tenido; pero puede decirse que la institucion del Santísimo Sacramento es el milagro y la obra maestra de su amor, y como el compendio de todos los demás misterios. Sea que se considere el motivo que Jesucristo ha tenido para instituir el Santísimo Sacramento; sea que se atienda á todas las circunstancias que concurren en esta institucion, todo nos manifiesta un amor incomprendible, todo nos da á conocer el exceso increíble de su amor. Este amor apareció excesivo en el misterio de la encarnacion, en el cual el Verbo se unió hipostáticamente á la naturaleza humana; en la Eucaristia el mismo Verbo que se ha unido á la humanidad santa, se une verdadera y realmente á cada hombre en particular. Apareció inefable este amor en su nacimiento en un establo: ¿qué cuna para un niño que es Dios! En la Eucaristia este hombre Dios se abate, se anonada bajo las especies de pan y de vino, en un espacio quasi indivisible, y todo esto para satisfacer el amor inmenso que nos tiene. Su vida pobre, humillada, oscura por espacio de treinta años, es un misterio admirable; pero ¿qué misterio mas admirable que Jesucristo sobre nuestros altares, hasta el fin de los siglos en el estado mas humillado, el mas oscuro que pudo imaginar jamás hombre alguno? Piérdese y se confunde el entendimiento en la escena trágica de la pasion del Salvador: su

muerte es un misterio verdaderamente incomprendible; ¿puede un Dios omnipotente dar una señal mas maravillosa de su amor á nosotros? Pues, porque no puede, al parecer, dar una señal mas grande de su amor á nosotros, quiere que este prodigio, que no se ha obrado mas que una vez sobre el Calvario, se perpetúe sobre nuestros altares en la adorable Eucaristia, y todo esto por satisfacer el amor extremo que nos tiene. Pero ¿cuál es el motivo, y cuál el fin de la institucion de este misterio? El motivo es satisfacer el deseo inmenso é incomprendible que tiene de darse á sí mismo todo á nosotros, y de la manera mas íntima. Diríase que tiene en nada todos los bienes que nos ha dado, todos los beneficios de que nos ha colmado, si no se diese todavía á sí mismo; y lo hace haciéndose nuestro alimento: y nosotros nos hacemos en verdad muy ricos, puesto que, como dice san Agustin, Dios se hace una posesion nuestra. Verdad es que el fiel posee á Jesucristo por la fe, segun el idioma de san Pablo; pero esta no es mas que una posesion de conocimiento, y de un conocimiento muy oscuro. El justo le posee por la caridad; pero es una posesion que se hace por la conformidad de las voluntades, y no por la union de las sustancias. Mas en la comunión poseemos á Jesucristo por una posesion muy íntima, muy verdadera, muy real; le poseemos con un dominio tan absoluto, que no podríamos poseerle mas absolutamente. Jesucristo en la Eucaristia es nuestro propio haber; es al mismo tiempo nuestro pastor y nuestro alimento, nuestro médico y nuestro remedio, nuestra guia, nuestro viático, nuestro Redentor, y el precio de nuestro rescate. El fin que se propone es que seamos

todos suyos, que no amemos mas que á él, que en él hallemos nuestro consuelo en las adversidades, nuestra fortaleza en las mayores tentaciones, nuestro valor en los combates con el enemigo de nuestra salud, nuestra patria en este lugar de destierro, nuestro camino en el viaje que hacemos, y la verdad que debemos escuchar y que debemos seguir. David llama á este divino alimento el compendio de las maravillas del Señor; san Agustín, el término de la omnipotencia de Dios; santo Tomás, el mayor de todos los milagros, y la reunion de todas las maravillas. Dios solo que las hace, puede comprenderlas; nosotros no podemos mas que admirarlas, y amar al que las hace.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa que así ofrezca una alta idea del exceso del amor que hace obrar á Jesucristo todos estos milagros en la institucion de la Eucaristía, que las circunstancias, en que los hace, la víspera de su pasión y de su muerte. Hace propiamente aquí su testamento, por el cual nos deja en herencia su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, se deja todo á sí mismo; si hubiese tenido alguna cosa mejor y mas preciosa, tambien nos la hubiera dado. Nos da este don inestimable algunas horas antes de su muerte, esto es, teniendo presentes en su imaginacion todos los tormentos que los hombres le preparaban; todos los oprobios con que habian de hartarle dentro de pocas horas; todas los instrumentos de su pasión, azotes, espinas, cruz, ignominias, dolores, sufrimientos, la muerte en fin en una cruz. Y á la vista de todos estos tormentos instituye Jesucristo el sacramento de la Eucaristía, es decir, el

milagro mas incomprensible de su omnipotencia, de su bondad y de su amor. ¿Puede concebir el entendimiento humano este prodigio? pero ¿y no seria otro aun mas incomprensible, si el corazon del hombre, por quien se ha obrado este prodigio, negase á Jesucristo su reconocimiento y su amor? Pero ¿podria suceder que el Salvador ignorase el poco reconocimiento con que los hombres corresponderian á un beneficio tan insigne? De ningun modo. Todo le era conocido: entonces mismo estaban presentes á su espiritu todos los desprecios, todos los sacrilegios, todas las irreverencias, todas las profanaciones horribles que se cometerian contra su sagrado cuerpo. Tenia delante de sus ojos los horribles excesos á que se arrojaría contra este divino Sacramento la malignidad diabólica de los herejes; todas las comuniones indignas de tantos malos cristianos; todas las sacrilegas irreverencias que se cometerian en nuestras iglesias. A pesar de esta multitud espantosa de ultrajes, de impiedad, de irreligion, Jesucristo instituye este misterio de amor que debia ser la memoria continua de su pasión, y que por la malicia de los hombres debia renovar, por decirlo así, todas las ignominias de ella. ¿Comprendemos bien el exceso del amor infinito que el Salvador nos testimonia en la Eucaristía? Pero ¿podemos tampoco comprender el exceso de nuestra ingratitud hácia este amable Salvador? Jesucristo no tiene necesidad de los hombres, y sin embargo es tanto lo que los ama, que le parece nada el quedarse encerrado por ellos en una hostia hasta el fin de los siglos: tanto aprecia el placer que tiene de estar con ellos. Los hombres por el contrario no pueden pasar sin Jesu-

cristo, y sin embargo le aman tan poco, que tienen por nada esta maravilla; tan poco caso hacen de la dicha que gozan de tener continuamente á Jesucristo en su compañía. Jesucristo habita corporalmente con nosotros, ¿y nosotros no nos apresuramos á hacerle la corte, á indemnizarle en alguna manera con nuestras adoraciones, con nuestro respeto, con nuestra devoción, de todas las ignominias que ha sufrido durante su pasión, y desde la institución de este adorable misterio?

Hé aquí, Señor, lo que de hoy en adelante será el motivo de mi confusión, de mi sentimiento y de mis lágrimas; y yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar con mi amor y con mi culto mis irreverencias pasadas y mi olvido.

JACULATORIAS.

Yo os tengo realmente presente en la Eucaristía, ¡ó Dios de mi corazón! Nada tengo ya que desear ni en el cielo ni en la tierra. *Salmo 72.*

Vos habéis cuidado de prepararme un alimento contra todos los esfuerzos de mis enemigos. *Salmo 32.*

PROPOSITOS.

1.º Puede decirse que la Iglesia no nos propone hoy otra cosa que el amor extraordinario que Jesucristo nos testimonia en la Eucaristía, y las ignominias que ha sufrido desde la institución maravillosa de este adorable sacramento, ya de parte de los judíos en todo el curso de su pasión que comenzó inmediatamente después, ya de parte de los malos cristianos por sus irreverencias y sus comuniones sacrilegas.

La solemnidad y la celebridad pomposa de la festividad de este gran misterio está reservada para otro tiempo. Entrad, pues, en el espíritu de la Iglesia, no omitiendo nada para reconocer este amor, y para reparar; cuanto os sea posible, con vuestra devoción todos estos sacrilegios y todas estas profanaciones. Comulgad hoy con nuevo fervor en acción de gracias por la institución de este adorable misterio, y por la concesión de un beneficio tan insigne.

2.º La visita de las iglesias, además de este primer motivo, debe dirigirse á reparar tantas indignidades y tantas irreverencias cometidas. Propiamente estas visitas son una pública satisfacción que damos á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Evitad un defecto que es muy común en un acto de religión tan importante; guardaos bien de hacer estas visitas con un espíritu disipado y del todo mundano, que nada tiene de religioso mas que la costumbre. Visitad las iglesias en silencio; sea vuestra modestia una prueba de vuestra piedad, y vuestra devoción la de vuestra fe. Entrad en las iglesias con los ojos bajos, como un vasallo que, habiendo faltado al respeto á su príncipe, va á pedirle perdón, y reparar su falta con su humillación y su respeto. Deteneos algún tiempo en cada iglesia, considerando lo que Jesucristo ha padecido durante su pasión, y lo que padece todavía de parte de los herejes y de los malos cristianos en la Eucaristía. Pensad cuántas irreverencias, profanaciones y sacrilegios se han cometido en la iglesia en donde os halláis: esta misma consideración debe obligaros á permanecer más tiempo en aquella iglesia en que vosotros mismos habéis faltado más veces al respeto, y en vuestra parroquia. Acompañad estas

reflexiones con un verdadero sentimiento y un arrepentimiento vivo : ¡ con cuánta razon podria regarse con lágrimas el pavimento de las iglesias ! En el camino empleaos en meditar los ultrajes que sufrió el Salvador , cuando fué llevado por las calles de Jerusalem en medio de la gritería del pueblo. Despues de haber visitado todas las iglesias que pudiéreis , pasad todo el tiempo que os sea posible de la noche en la iglesia en donde debeis ser enterrados , y allí dilatad vuestro corazon en la presencia de Jesucristo , detestando vuestras indevociones y todas vuestras irreverencias en el lugar santo. Dispensa Dios en este dia grandes favores á todos los que desempeñan con fidelidad y con fervor todas estas prácticas de piedad tan interesantes.

VIERNES SANTO.

El Viernes santo , llamado tambien por excelencia el gran Viernes á causa del gran misterio de nuestra redencion , consumado en este dia , y cuya memoria celebra hoy la Iglesia , se ha mirado en todos tiempos como el mas santo , el mas augusto y el mas venerable de todos los dias , y el que los cristianos han celebrado siempre con mas religiosidad y con una devocion mas sensible. Este es el gran dia de las misericordias del Señor , puesto que es el dia en que este divino Salvador quiso , por un exceso de amor incomprendible á todo entendimiento criado , sufrir los mas crueles suplicios , y espirar ignominiosamente en la cruz , á fin , dice el texto sagrado , de que fuésemos curados por sus llagas , lavados con su sangre , justificados por el decreto de su misma condenacion , y que hallásemos en su muerte el principio de nuestra vida. Este es el gran dia de las expiaciones , en el cual ha expiado Jesucristo con su sangre todos los pecados de los hombres. Todo el que no fuere afligido en este dia de expiacion , decia el Señor , perecerá en medio de su pueblo. Quería Dios que en el dia solemne destinado para las expiaciones de su pueblo , se entregasen todos á los sentimientos de dolor , y si habia alguna alma tan endurecida , que no entrase en la afliccion comun , ordenaba que fuese exterminada , y que no se la contase mas entre su pueblo. Este es el gran dia de las expiaciones : ¿ no es este el dia en que Dios tiene derecho para decir : Todo el que no fuere